

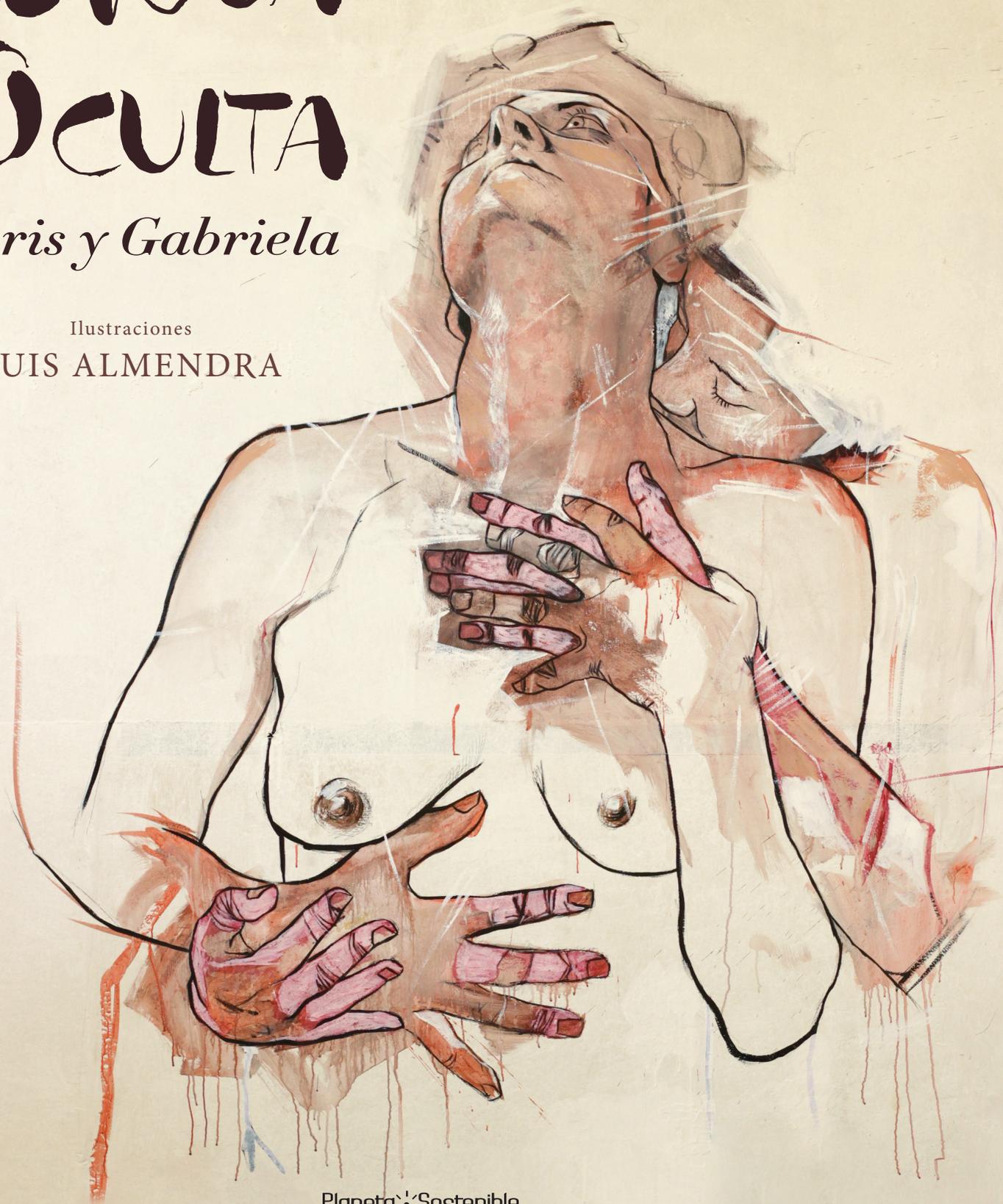
RAFAEL RUBIO

LENGUA OCULTA

Doris y Gabriela

Ilustraciones

LUIS ALMENDRA



LENGUA OCULTA

Doris y Gabriela

RAFAEL RUBIO

Ilustraciones

LUIS ALMENDRA

LENGUA OCULTA
Doris y Gabriela

Rafael Rubio

Ilustraciones de Luis Almendra

Prólogo de Paula Miranda H.

1ª edición digital, octubre de 2020

© 2019 Planeta Sostenible EIRL

© 2019 Rafael Rubio

© 2019 Luis Almendra

Dirección general: Juan Francisco Bascuñán

Edición y producción: Sebastián Olivari

Corrección de textos: Francisco Fabres

Diseño: S Comunicación Visual

ISBN: 978-956-6050-73-5

Planeta  Sostenible

Gabriela y Doris en *Lengua oculta*: pasión viva más allá de la muerte

Lengua oculta es un testimonio poético, delirante y a la vez apasionado, de la relación amorosa que mantuvieron Gabriela Mistral y Doris Dana entre 1948 y 1957. Una relación que ha sido fuente de todo tipo de indagatorias por parte de cierta prensa, la que ha tratado de encontrar culpables o evidencias de oportunismos o de lesbianismos no confesados. O sea, una simple excusa para alimentar el morbo social o la fascinación por el escarnio público, tan en boga hoy. Por suerte, aquí estamos absolutamente frente a otra visión, pues abunda el amor sobre el amor y una enorme compasión para las dos protagonistas de este melodrama. Asistimos aquí a una nueva oportunidad para esta relación, gracias a la pluma corrosiva y vitalista del poeta Rafael Rubio (1975), una de las voces más potentes de la poesía chilena actual.

El poeta *fictionaliza* la voz de Doris y, en algunos momentos, la de la propia Gabriela, para ofrecernos a través de nueve pequeñas viñetas o miniaturas poéticas, un diálogo imaginario entre ambas, que se abre y se cierra con la muerte. Superpuestas o en diálogo con esas palabras, están las gestualidades de cuerpos, rostros y ojos, ilustrados con fiereza y estremecedora intensidad por el artista Luis Almendra. A través de estas imágenes poéticas y visuales, podemos revivir con nuestras propias sensaciones los deseos, las pasiones y las posibles culpas de las amantes: “Mi cuerpo quedó en deuda con tu cuerpo”, le declara Doris a su amada. Casi como si pudiéramos mirarlas y tocarlas.

Ambas dimensiones de *Lengua Oculta*, las imágenes poéticas y las imágenes visuales, son el testimonio de esa relación y sirven a la vez de ritual mortuario, acto sagrado de redención en que la voz y el cuerpo de la amante (Doris) rescatará de la muerte a su amada (Gabriela), para redimirla: “Toda muerte es una vida que reclama perdón”; o para reencontrarse por fin, después de tanta muerte, con el placer: “Ah, muerte, ah, muerte, ¡acuérdate del gozo!”, nos dice Rafael, inventando la voz frágil de Doris, imaginando los deseos irresolutos de Mistral. La capacidad del poeta para recrearnos con tanta sutileza y precisión los impulsos de esa relación, proviene del hecho de que él mismo parece estar viviendo, en ellas y por ellas, sus mismas percepciones y emociones, y trasladando eso a una lengua “al rojo vivo” o en carne viva, bajo un ritmo endemoniado. El propio poeta parece acompañarlas sin condiciones (pero también sin concesiones), en este viaje a través de la locura, la pasión y la muerte.

Este libro es por ello también una suerte de réquiem por Mistral, invocada y redimida aquí por esa única criatura amada que le sobrevivió: su Doris Dana, su “chiquita”. Rafael traza un itinerario que facilita el cumplimiento de este derrotero y donde cada uno de los momentos conlleva su particular designio: La Muerte, La Conferencia (el inicio), El Deseo, Los Viajes, Réquiem por la muerte de Yin Yin, La Noticia (el cáncer), Chile y la Despedida. Desde el inicio, Doris rescata de la oscura y silenciosa muerte a Gabriela, a la que la han condenado unos “hombres negros, parecidos a curas o carneros” y la invoca interpeándola: “¿Qué hay allí, Gabriela? ¿Qué hay allí en la muerte en la que ya no hay nada?”. Gracias a la imaginación poética, es Doris Dana la que guiará aquí su camino, la que le dará una nueva oportunidad para el gozo y el amor: “Soy una intrusa, una niña que viene desde lejos a ver cómo la noche te conduce por un bosque de árboles quemados”.

¿Quién es la Doris Dana real, a quien Gabriela designó en su testamento como su albacea, administradora de sus derechos literarios para el hemisferio norte y heredera de todos sus bienes materiales? ¿Cómo fue esta relación amorosa que se prolongó durante los últimos nueve años de vida de Mistral y que fue tan decisiva para ambas? En la vida real, ellas mantuvieron una relación donde la permanente preocupación por las enfermedades de una y de otra, los trabajos, los dineros, el fantasma de la guerra y las recriminaciones mutuas se entrelazaron con dinámicas conversaciones, risas delirantes, seducciones, colaboraciones y lúdicas “jugarretas”. En 1948, cuando comienzan su relación, Doris era bachillera en literatura, escritora de poemas y dramas para televisión, y podía resolverle a Mistral algunos problemas prácticos como manejar, trasladar archivos de una ciudad a otra, traducir al inglés (lengua que ella nunca dominó) o viajar juntas. En lo afectivo, esta etapa estuvo marcada para Mistral por la soledad en medio de la fama (intensificada por la obtención del Nobel en 1945), por los constantes viajes y fundamentalmente por la enorme crisis que le provocó el suicidio de su hijo Juan Miguel Godoy, Yin Yin, a la edad de 18 años. Ese hecho supuso también el alejamiento parcial, pero significativo, de quien había sido su colaboradora más cercana por más de veinte años: la mexicana Palma Guillén. En medio de esa soledad y sufrimiento, la aparición de Doris resultó providencial. Mistral le agradece a ella su compañía, pero también le recrimina su falta de compromiso: “Qué error tan grande ha sido el mío de refugiarme en ti, al escogerte como una especie de salvación de mi alma”, le escribe en una carta.

El primer encuentro ocurrió en 1946, como sabemos, en el Barnard College de Columbia University, cuando una Doris de 26 años cursaba el Bachillerato en Literatura. Mistral, treinta y un años mayor, había llegado hasta allí invitada por Eleanor Roosevelt para dictar una conferencia. Doris observa desde lejos, sin acercarse, cómo la gente se abalanza sobre la que era ya para entonces una *rock star*. Recién dos años después Doris le envía su primera carta, en la que le cuenta emocionada que ha tradu-

cido al inglés “El otro desastre alemán”, ensayo en el que Mistral criticaba y analizaba la expulsión que había sufrido Thomas Mann desde la Alemania nazi. El artículo, incluido en el libro compilatorio *La estatura de Thomas Mann*, es enviado por Doris a Mistral, al que le agrega su deseo de querer visitarla. En 1948, la joven traductora se encuentra por primera vez con Mistral en su casa de Santa Bárbara. Las cartas intercambiadas, la admiración por Mann, las mutuas adulaciones y sincronías, sellan el pacto de amor de manera definitiva. Es probable que las recientes y trágicas muertes del padre de Doris y de Yin Yin hayan estrechado mucho más ese pacto. En 1947 había fallecido el último familiar vivo de Mistral, su hermana Emelina; y Mistral estaba sola de familia, de comunidad de mujeres, de vida: “Yo persona sin familia y con tan pocos amigos de mi gusto”, le dice en una carta a Doris. Creo que lo que triunfa en esta relación es una mezcla de distintos condimentos: necesidad de cuidados mutuos (pues ambas eran hipocondríacas), complicidades intelectuales y vitales, gran sentido del humor y una pizca de locura y juego: una buena “sinvergüencería”, como llamaba irónicamente Gabriela a esta relación. La locura es un motivo más que predilecto en toda la poesía de Mistral, desde *La desvariadora* de *Ternura*, pasando por las locas letanías, los reinos de la locura, las locas mujeres y la trascordada de *Poema de Chile*. Hay en ella una permanente reivindicación de la locura, como estado y lugar alternativos para un mejor vivir y como el corazón de su apuesta pedagógica: el niño como un ser loco que hay que cuidar y del que todavía tenemos mucho que aprender.

La enorme diferencia de caracteres, de edades y de temperamentos, fue probablemente aquello que más las unió, pero hubo otros factores que hicieron que la relación fuera por momentos tortuosa. Lo peor fueron sin duda los constantes viajes de Mistral y sus distintas destinaciones consulares (Xalapa, Veracruz, Rapallo, Florida, Nueva Orleans) y la insistencia de Doris de permanecer en su Nueva York natal, donde realizaba sus proyectos personales. “Yo no puedo, absolutamente no puedo solo vivir con una niña americana móvil y automovilista que está un mes y se va, y vuelve por otro mes y se va”, le dice en una carta. Y Doris en *Lengua oculta*: “Los viajes nos dejaron en las manos el rastro de la huida y la sombra del escándalo”. Las separaciones fueron frecuentes, a excepción de los últimos dos años en que ambas vivieron en Long Island, y Doris cuidó de una Mistral ya enferma de cáncer. Por eso el libro se abre y se cierra con una Doris que se encuentra con su amada en el umbral de la muerte: “Yo, Doris Dana, el amor de tu muerte, he venido a decirte algunas cosas (...) Hay que arrancar la vida de la muerte, antes de que nos arranquen de la vida...”.

Esta misma fuerza tanática y amorosa que une a Doris con Gabriela, ha estado desde siempre en la poesía de Rafael Rubio. Hijo y nieto de poetas: de Armando y de Alberto Rubio, Rafael nos ha regalado en sus libros *Arbolando* (1998), *Madrugador Tardío* (2000) y sobre todo en su obra maestra *Luz Rabiosa* (2007), como si se tratase de un ritual funerario, potentes elegías, misas y réquiems para reencontrarnos con nues-

tros padres muertos. Su propio padre ha fallecido a la temprana edad de 25 años y Rafael busca purgar el derrotero trágico, interpelando a Dios: “Y dime si es mentira tanta muerte, / Tanto hueso que anda por la tierra”. La estrategia es crear una palabra-acción que permita restituir el diálogo con nuestros seres amados interrumpido por la muerte o para seguir conversando con ellos en el lugar de la muerte, igual que Quevedo o Manríquez o que toda la poesía indígena, ese “canto de mis antepasados” como le llama Elicura Chihuailaf. Lo mismo Mistral, quien desde *Los sonetos de la muerte* les restituye nueva vida a sus muertos: “Del nicho helado en que los hombres te pusieron / te bajaré a la tierra humilde y soleada”, nos dice, para rescatar de la muerte insepulta al amante suicida o en *País de la ausencia*, donde la patria le ha nacido a Mistral de las “criaturas que yo vi morir”. O en *Poema de Chile*, donde la propia muerte, Lucila Godoy (nombre verdadero de Mistral), transfigurada ahora en fantasma, retorna a Chile para habitarlo a su manera, junto al niño diaguaita y para zanjar las deudas pendientes con este país que no la merecía: “Arribo como la flecha / este mi segundo cuerpo / en el punto en que comienzan / Patria y Madre que me dieron”.

Este libro, *Lengua oculta*, rescata la esencia de esos sonetos de la muerte o de los países “muertos” de Mistral: una trama de locura, de amor y de muerte, donde la sacerdotisa es ahora Doris Dana. Una Doris que oficia un réquiem por Mistral y, de paso, por Yin Yin, por Emelina (la hermana de Mistral) y por todos los muertos de Gabriela... y también los de Rafael. La inspiración para que Rafael Rubio pudiese recrear las voces de estas amantes, proviene entonces de su propia poética y de la gran cantidad de testimonios epistolares, sonoros y fotográficos que nos dejaron las dos protagonistas de esta historia. Documentos que Doris Dana (“Deinita”, como le decía Gabriela) guardó celosamente en sus archivos personales junto a numerosos manuscritos mistralianos durante más de cincuenta años y que ahora son públicos. Exquisito material que permite hoy reconstruir los hitos de esta relación y los distintos derroteros de la pasión. Todo esto le permite también a Rafael Rubio prolongar ese registro ahora, imaginando las palabras que ellas podrían decirse, con las que ellas podrían tocarse más allá de la muerte: “Tranquila, tranquila, la muerte dura poco”, nos dice Doris aquí. Esta urgente necesidad de Doris de rescatar a su muerte, tiene que ver también con la sensación de algo que quedó inconcluso en vida: de que no fueron dados todos los besos, ni que fueron ofrecidas las suficientes caricias o saciados todos los deseos, los del alma y los de la carne. La pasión carnal se desata aquí estruendosamente, permitiendo a Doris y a Gabriela tocarse, mirarse y sentirse a plenitud, pues en la vida real se quedaron sin tiempo y sin cuerpos: por las obligaciones, los viajes, las enfermedades y por la propia muerte.

Punto aparte merece el delicado momento en que las palabras de Doris interceden por Yin Yin. En la vida real, Doris Dana no alcanzó a conocerlo, pero según testimonia su sobrina, hablaba de él como si lo hubiese conocido de toda la vida. No podemos aquí detallar la profunda devoción que Mistral le profesó en vida, la conmoción

que le provocó su muerte y la persistente invocación que hacía de él en sus oraciones, para seguir protegiéndolo y acompañándolo en su muerte: “Mi pensamiento va a encontrarte, niñito mío; él hace camino por encontrarte y quedar contigo. Es mi amor el que va en busca tuya; es la fidelidad de mi amor, chiquito mío”, le dice en una oración. Acá, la voz la toma Doris y ella es el puente para congregarlos, consolarlos y redimirlos por toda la eternidad: “Tu madre llora. Le ha nacido un muerto (...) Duerme tranquilo, tienes toda tu madre por delante”.

Como hemos venido diciendo, esta *Lengua* las redime, las reencuentra más allá de la muerte. Gracias a todas las pistas que ellas dejaron repartidas en sus cartas y registros, este arqueólogo de las emociones que es Rafael Rubio, recompone sus cuerpos y sus lenguas setenta años después, para darles a ambas una nueva posibilidad de vida: “Alégrate. Tienes todo el pasado por delante. El recuerdo de haber sido felices, escandalosamente juntas”. Esta *Lengua* recupera además ese encuentro entre dos lenguas (la inglesa de Doris y la latinoamericana de Gabriela), el *lenguaje* de sus emociones y todas las múltiples funciones de la acepción: idioma, voz, órgano o estilo. Una lengua, la de Mistral, en que “oíase hablar a América”, como testimonió Ciro Alegría o Violeta Parra cuando, en su elegía, la erigió como “presidenta y bienhechora de la lengua castellana”. Sutura también de las dos lenguas en que la propia Mistral se asumía: “mi poesía yo me la tajeo en dos bloques opuestos: poemas en lengua ‘emprestada’ y poemas en lengua mía, en cabal lengua mía”. Una lengua cabal, esta que reconstruye aquí nuestro arqueólogo-poeta Rafael Rubio y que por lo mismo ya no tiene por qué seguir ocultándose. La lengua cabal de dos mujeres que se seguirán amando más acá del ocultamiento y mucho, mucho más allá de la muerte.

Paula Miranda H.

Escritora y doctora en literatura con especialidad en poesía chilena



LA MUERTE

Unos hombres te llevan hacia el fondo de la noche. Son unos hombres negros, parecidos a curas o carneros. Son los carneros negros de la noche, que se llevan a las muertas al silencio. ¿Qué hay allí, Gabriela? ¿Qué hay allí en la muerte en la que ya no hay nada?

¿Solo el silencio habla lo que callas? ¿De qué está hecho ese silencio?, ¿de palabras de amor que nadie dijo, que nadie se atrevió a decir? Demos gracias a Dios porque la vida termina, porque el cuerpo se pudre y se crispa la piedra en la noche que tiene la forma de un grito. Toda muerte es una vida que reclama perdón.

Me he quedado en este lado de la orilla. De pie, de pie, a la hora del crepúsculo, como un marino abandonado y triste, que ve partir su barco hacia la noche.

La muerte ya no cabe en tu agonía, ni el veneno en tu sangre más vasta que el mar, cuando te llaman a tejer las redes que apresarán los restos del naufragio.

De paso por la tierra como un ángel, precipitado desde mí hasta el cielo, te arrastran por el pelo los caballos hacia donde te aguardará la noche. Y desde entonces, tierra, y desde entonces lluvia, y desde entonces, polvo sobre el mar.

La muerte huye muy lejos de tu cuerpo. Detenla, detenla, no la dejes huir hacia la tierra donde el silencio se oye como un grito.

La noche es el silencio entre dos mástiles.

Nada se puede oír bajo la niebla, sino el viento que pasa entre nosotras, el viento que tiene el olor de los árboles y sacude los pájaros como un advenimiento.

Te has venido muriendo desde que te conozco. “Solo se muere lo recién nacido” –gritan las lloronas que acompañan tu cuerpo con sus largas trenzas negras por el camino oscuro de la muerte, por el camino negro de la vida.

No has nacido Gabriela, y ya te mueres. No te han parido aún y ya te llevan. Nadie sabe dónde. Yo sí. Yo sé que a tu cuerpo se lo lleva el silencio hacia la noche, para poblar la noche con tus ojos. Yo solo sé que a tu cuerpo se lo llevan volando los espíritus, hacia donde se vive lo ya muerto, lo que habiéndose muerto no ha nacido, tan profundo es el dolor.

Mi cuerpo quedó en deuda con tu cuerpo. Y ahora se lo llevan, como un trasto viejo hacia donde los vivos se encuentran con los muertos. ¿No podré tocarlo más?, ¿no podré tocar sus muslos con los labios?, ¿ni revolcarme con él entre las briznas, mientras muerdo sus pechos en lo oscuro? ¿Oscuro es el amor entre dos hembras? ¿Prohibido está tocar lo que se ama? Yo me acuerdo del gozo. Revolcamiento vivo: hembra con hembra. Muslo con muslo, pierna con pierna en la dicha de rozarse el botón de los pezones.

Ah, muerte, ah, muerte, ¡acuérdate del gozo!

Dame un beso como un pájaro muerto para que resucite entre mis labios. Un beso como un pájaro viejo, para que se haga niño aquí en mi boca.

Pero te están llevando, te están llevando lejos de mi amor. Allá donde se parte la noche en dos mitades: una, para la vida. La otra, para la muerte. Yo amo la vida porque tú eres vida. Y amo la muerte, porque tú eres muerte. Te están llevando lejos, más lejos que el amor de las montañas.





LA CONFERENCIA (EL INICIO)

En el salón no vuela ni una mosca. Está oscuro, pero su voz alumbra, igual que un cirio en un confesionario.

Yo la escucho, Gabriela, y no la escucho. Hable no más. No importa lo que diga. ¿Interesante? Sin duda, viniendo de una autoridad como usted, avezada en el arte de la palabra, pero no me interesa su interés. Más que su conocimiento sobre el gran escritor alemán, me interesa algo mucho más imperceptible a un oído acostumbrado al ladrido de los perros en la noche: el ritmo de su voz, ese tono áspero y seco, como de piedra cascada, como camino de tierra recorrido por bueyes y carretas. Va a hablar sobre Thomas Mann, ¿verdad? ¿Y por qué no habla de usted misma, Gabriela, de su amoroso odio a ese país de sordos que nunca le escuchó su voz cascada, ese Chile que nunca quiso oírle, que nunca supo oírle la verdad a la piedra? ¿Por qué no habla de su amor por las mujeres, el deseo de besarlas y arrancarles con los dientes la yerba del pubis, la pureza venérea de lo que se goza en el secreto de los cuerpos mudos? ¿La belleza, como el amor, hace sufrir, hace morir los besos como pájaros? Seguramente. Su belleza, Gabriela, no está en su erudición ni en su sabiduría. Su belleza está en su voz. No es que Thomas Mann no me interese. Me interesa. Y mucho. Pero usted me interesa más, desde que la vi, hace unos pocos momentos, entrar al salón de la sabiduría, rodeada por sus ángeles y acólitos, que la dejaban a los pies del podio, como un cadáver vivo y respetable.